

CAPITULO XIII.

Teatro. — Bellas Artes. — Escrupulosidad. — Tembladores.
— *Big-Bone Lick*. — Visita del presidente.

El teatro de Los-Cincinnati es pequeño y no mui rico de decoraciones; pero no teniendo otra diversion, nuestros dos hijos solian ir á él con frecuencia, y algunas veces, en las noches claras de otoño y de invierno, lá milla y media de distancia que lo separaba de nuestra casa no impedia el que el resto de la familia, y aun los menos emprendedores, los acompañáramos tambien. El grande atractivo que nos sacaba de nuestra aldea era el mérito de Mr. Alejandro Drake y de su esposa que eran los impresarios. Nada podia ser mas diferente que la manera de representar del marido y la muger, pero la extraordinaria facilidad de sus talentos les permitia desempeñar juntos á menudo papeles de géneros muidiversos. El talento de ella consistia en la elevacion grave y marcha majestuosa de la tra-

gedia, y el de él en la imitacion de las ridiculeces y extravagancias de la comedia; pero como dice Goldsmith de sus co-heroínas, yo les he visto cambiar de papel en una misma noche y he llorado con él y reido con ella, siempre que ha sido su voluntad y placer el ordenarlo. A mí me parece que Alejandro Drake era superior en la comedia á cuantos actores he visto ejecutar las mismas partes, exceptuando á Emery. Su comedia participaba mucho de la de los Franceses que nunca representan; él mismo era el tipo cómico que se proponia el autor: cualquiera fuese su papel desde Shakspeare hasta Colman era imposible dejar de conocer que la mitad de los chistes de su personage le pertenecian á él. Tambien poseia en el mas alto grado el talento que tenia Fawcett de arrancar lágrimas con un golpe repentino de sensibilidad natural, mientras sus letrillas cómicas hubieran puesto en mucho apuro la gravedad de un juez y aun de un obispo. Liston es un grande actor; Alejandro Drake era un actor sublime.

Mistress Drake, antes miss Denny, tiene mucha semejanza con miss O'Neil, y es tan notable que Mr. Kean que habia oido hablar de esa circunstancia, llegó á Nueva-York ya de noche, y habiendo ido al teatro, exclamó

inmediatamente, al verla cruzar el tablado por la primera vez : « Esa es miss Denny. » Su voz alcanza los mismos tonos ricos y penetrantes y su fuerza es irresistible : en una palabra, es una actriz de primera clase con una sensibilidad profunda y verdadera, un juicio correcto y el gusto más perfecto para todos los papeles de que se encarga. Su acto último de Belvidera produce efectos trágicos superiores á cuanto he visto en la escena, dejando á parte mistress Siddons, excepción general en todas las comparaciones de esta especie.

Daba lástima que tan excelentes actores representaran en un teatro miserable, casi vacío, y en cuyo auditorio apenas se encontraría media docena de personas que no prefirieran á su manera de representar la de los cómicos de la legua más despreciables. Yo los he visto como impresarios ceder sus papeles á representantes groseros y sin talento, que por ir de Londres atraían inmediatamente un público inmenso, y excitaban el entusiasmo y los aplausos de todos los espectadores.

El pobre Drake murió cuando íbamos á salir del Ohio, y su muger, que junta á su mérito de actriz las prendas de una muger estimabilísima y en extremo amable, ha quedado con una numerosa familia. Yo no tengo duda alguna de que en Londres podría conseguir par-

tidos ventajosos, mas como tiene parte en varios teatros de América temo que no saldrá jamás de un país en donde ni la aprecian ni la conocen. Mistress Drake me ha referido muchas y muy curiosas anécdotas que habia reunido durante su permanencia en el Oeste. Una de ellas me divirtió, particularmente por ser una muestra del idioma del país. Cierta señora que admiraba con entusiasmo á mistress Drake obtuvo su permiso para presentarse en una ocasión en su vestuario. Se estaba preparando para desempeñar un papel en que acababa matándose, y su puñal estaba sobre la mesa. La señora lo tomó y examinándolo con grande emoción exclamó : — « ¿ Y que de veras os meteis todo esto en el cuerpo *selvajosamente?* »

También vimos á Mr. Forrest, el grande astro Americano. Yo no pretendo vaticinar lo que podrá ser con el tiempo, pero cuando lo ví representar el papel de Hamlet en Cincinnati, ni aun la dulce Ofelia representada por Mistress Drake pudo retenerme en el teatro acabado el tercer acto. Verdad es que he visto á Juan Kemble, Macready, Kean, Young, Carlos Kemble, Cook y Talma realizar en su representación el bello ideal de Shakspear, y tal vez no sea yo muy buen juez para calificar las disposiciones de este actor ; con todo

no dejó de divertirme el oír á un caballero que, habiéndome preguntado mi opinion sobre aquel jóven, me dijo al manifestársela : que no me aconsejaria repetirla mucho en América, porque no la tolerarian.

El teatro no era del todo malo, si bien la escasez de los productos de entrada no permitia el tenerlo en mui buen estado; pero habria podido llevarse con paciencia lo poco limpio de las decoraciones, si no hubieran aumentado la incomodidad de esa falta los usos y modales de los espectadores. Ocupaban los primeros asientos de los palcos hombres en mangas de camisa y yo misma los he visto con las mangas arremangadas hasta los hombros : el gargajear era continuo, y el pebete combinado de cebolla y huisqui bastaba para que se arrepintiese el mas resuelto de asistir á funciones que imponian la carga de semejantes accesorios.

El porte y actitudes de los hombres son enteramente indescribibles : cuando no levantaban los pies poniéndoselos por arracadas y presentando al público todo el reverso de sus personas, se tendian comodamente en los bancos para variar con elegancia sus posturas. El ruido era perpetuo y del género mas desagradable : para aplaudir, dan alaridos y patadas, sin duda porque los pies hacen un

ruido mas democrático que las manos, y cuando los ataca un acceso de patriotismo y piden su favorito « Yankee Doodle » cada cual parece que piensa que su reputacion de buen ciudadano depende de la bulla que mete.

Dos figurantas mui comunes, probablemente de algun teatro de arrabal de Paris, se presentaron en Los-Cincinatos, estando nosotros allí, y si Mercurio hubiera bajado de su cielo para danzar un *pas seul* sobre la tierra, su celeste magestad no hubiera causado mas violenta sensacion. Ni se reducian á maravilla y admiracion las emociones producidas por esta aparicion; casi igualaban á esos afectos el horror y el abatimiento. Nadie en mi entender dudaba que fuesen admirables bailarinas, pero todo el mundo convenia en que las costumbres del mundo occidental no se recobrarian jamas de golpe tan funesto. Cuando me preguntaban si yo habia visto cosa mas horrenda hasta entonces, no sabia como responder; porque las pobres mugeres se habian mirado con esmero tanto en el vestido como en el baile, para captarse la aprobacion del pueblo y no chocar en nada con sus gustos; pero si Virginia se hubiera presentado con su túnica transparente, si la Taglioni hubiera hecho la mas atrevida de sus campane-

las, no hubieran merecido mas severa reprobacion. Las damas abandonaron el teatro completamente; los hombres murmuraban entre dientes y volvian la cabeza cuando se tocaba ese punto; los ministros de todas las creencias condenaban en el púlpito escándalo tan corruptor, y si se hablaba de tales pecados en las reuniones de los santos, era con la intencion de manifestar la indignacion que inspiraba. Al ver tanta gasmoñería, me preguntaba yo á mí misma; si la virtud seria una planta con diferente forma en cada pais? Porque á la verdad si los Americanos del Norte no se engañan, los Europeos andamos atrocemente descarriados. Materia es esta cuya solucion costaria muchísimos trabajos.

Mas no fué solo ahí donde se confundieron completamente todas mis ideas sobre lo bueno y lo malo; apenas pasaba dia sin que no descubriera alguna cosa que siempre habia yo juzgado tan lisa y llana como el comer, y que las personas de mi conocimiento miraban con horror. Esa disparidad en las opiniones no es menos palpable en el lenguaje: las palabras mas sencillas y recatadas se hallan enteramente prohibidas en la conversacion y en su lugar se oyen las frases y rodeos mas singulares. Yo confieso que me chocó infinito aquella oposicion entre la dureza general de los modales

de los Americanos, dureza que debe en mi sentir dejarse mui atras la de los Escribas y Fariseos, y la estremada susceptibilidad de su imaginacion asombradiza. Bastarán para probar ese contraste algunas anécdotas que elegiré entre las muchas que se podrian referir.

Un jóven Aleman, caballero mui fino y de maneras verdaderamente nobles, vino á mí un dia, apesadumbradísimo de haberse indispuesto con una de las principales familias de la vecindad. Aunque nada le habian dicho en la casa, y en nada creia haber faltado, no se le ocultó que lo recibian con desagrado. Una dama de cierta edad amiga suya, despues de vencer su natural repugnancia, le explicó la causa de la frialdad que notaba, recordándole que habia pronunciado la palabra *corsé* delante de las señoras de la familia, y le aconsejó con el mayor empeño que diera una satisfaccion. El pobre jóven me aseguró que estaba pronto á dar cuantas satisfacciones quisieran, pero que no sabia de qué palabras servirse.

Una señora inglesa que habia tenido mucho tiempo un colegio famoso de señoritas en aquel pais, me decia que su primer cuidado á la entrada de una nueva educanda era siempre, el de procurar destruir la gasmoñería y melindre, inspirándole sentimientos y principios de verdadero recato. Entre varios ejemplos de esa

falsa delicadeza me refirió el de una muchacha de unos catorce años, que entrando en el recibidor, donde solo esperaba ver á una señora que la habia hecho llamar, y viendo á un jóven con ella, se puso las manos en los ojos y echó á correr gritando: « ¡ un hombre! un hombre! un hombre! »

Otro me contó de una de las pensionistas que, subiendo la escalera para ir á la sala de estrado, tuvo la desgracia de encontrarse con un muchacho de catorce años que bajaba al mismo tiempo, y fueron tales la sorpresa y afliccion de la tímida tortolilla que se quedó parada gimiendo y sollozando, y no quiso pasar hasta que el pobre muchacho se encaramó como un mico encima del barandal, para dejarle el paso libre.

En Los-Cincinatos hai un jardin á donde van las gentes á *comer* helados y á ver rosas. Para preservar las flores, han puesto por señal ó término al cabo de uno de los paseos un marracho que representa una Suiza, con un cartelon en la mano, en el cual se ruega que nadie coja rosas. Por desgracia del artista ó del dueño y tal vez de los dos, el zagalejo del malhadado figuron era tan corto que no le tapaba los tobillos. Las castas Cincinateñas vieron el escándalo y se estremecieron; y se intimó formalmente al amo del establecimiento

que si deseaba merecer el patronato de las señoras de Cincinatos, habia de hacer alargar el traje de la Suiza. El buen proveedor de helados, asustado con esta formidable alternativa, despachó un expreso por el pintor y su paleta: el pintor acudió en efecto; pero desgraciadamente su paleta no tenia colores algunos que poder casar con el del zagalejo. Aquí los apuros. La necesidad era demasiado urgente para demorar el remedio. ¿Qué haremos? decia el artista. ¿Qué no haremos! decia el botillero. Por último se convino en surcir al ribete del vestido colorado un falbalá azul. Y allí está ese insigne y espléndido testimonio de castidad, dando pruebas irrefragables á todos los hombres presentes y futuros del immaculado pudor de las Cincinateñas.

No negaré que solia sospechar en varias ocasiones que ese refinamiento exagerado no tenia fundamentos muy sólidos. En mi entender es un recurso inventado por el conocimiento interno de su rudeza, un velo para esconder su grosería, pero recurso que nunca emplean con oportunidad, velo que siempre echan sin gracia. Las mismas personas que casi perdian el sentido al ver los tobillos de una estatua, se escolgaban á menudo con salidas tan intempertivas y arrojadas que no me hubiera quedado la menor duda aun teniéndola, de que

nuestra decantada indelicadeza tiene sus límites. La anécdota siguiente explica demasiado bien lo que yo quiero decir para omitirla, á pesar de que apenas se puede referir.

Una señora jóven, casada, de *alta posicion* y del melindre más fastidioso, la cual se había criado en uno de los seminarios atlánticos de la más elevada reputación, me dijo: que su casa, distante media milla de una ciudad populosa, estaba por desgracia en frente de una habitación de peor que dudosa fama. — « Es abominable, exclamó, ver la gente que entra allí. Debería ponérseles á la vergüenza. Yo y otra señora íntima amiga mia sofocamos á un sujeto el año pasado. Mi amiga había venido á pasar el día conmigo, y estando las dos á la ventana, vimos pasar á un jóven conocido nuestro que entró en aquella casa. Fuimos en seguida al jardín; lo esperamos á la puerta, y cuando volvió, salimos las dos á su encuentro y yo le dije: — ¿No teneis vergüenza, Mr. Guillermo D., de pasar por mi casa y de volver de ese modo? — En mi vida he visto un hombre más confundido. »

Hablando con las damas de las costumbres y maneras de Europa, siempre noté en ellas una propension irresistible á motejar todas las cosas que no estan conformes á los usos y estilos de su país.

Diciendo yo en una ocasion á una señora jóven que una gira nos divertiría mucho, y que pensaba el proponerla á algunas de nuestras amigas, admitió en efecto que sería cosa muy agradable; mas añadió — « Temo que no sea en balde. Aquí no estamos acostumbradas á diversiones de esa especie, y yo sé que se considera como sumamente indecoroso el que se sienten las señoras sobre la yerba revueltas con los caballeros. »

Fácil me sería añadir á estas otras muchas anécdotas de la misma naturaleza; pero creo que hai ya las suficientes para dar una idea exacta de las costumbres del país en esta parte, y me persuado de que justifican las observaciones que he hecho.

Uno de los espectáculos que nos dejaron mas atónitos por su sencillez republicana fué el de los tribunales de justicia. Habiamos oido decir que los jueces se permitian en sus escanios esas posturas extraordinarias que sin duda la formación particular de los Americanos les hace hallar mas cómodas. Nos determinamos pues á juzgar de esto por nosotros mismos, y así entramos en el tribunal cuando mas ocupado estaba y habia tres magistrados en sus asientos. Todo lo que yo puedo escribir no bastaría para formar una descripción incompleta de lo que vimos allí! Nuestro invierno